

AUGUSTO OCAMPOS CABALLERO, 2006, *Paraguay-Cuba. La historia común de guaraníes, caribes y aruacos*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

DE LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA EN AMÉRICA LATINA

Va por Gisela, Elena, Emilia, Lili, Nuria, Sergio, Tony.
Ellos son representantes de los que me brindaron
la oportunidad de una segunda patria.

Escuchar voces conocidas cuando se cree estar lejos del espacio en el que cotidianamente se producen, sin duda, aviva los sentidos, toca fibras sensitivas del alma que rememoran el suelo lejano y, en el caso de Augusto Ocampos, motivan a escribir *Paraguay-Cuba. La historia común de guaraníes, caribes y aruacos*. Este autor ha confirmado que la vida de quienes requieren viajar conlleva un conjunto de características especiales, una serie de sentimientos únicos, imposibles de experimentar en el lugar de origen; la oportunidad del desplazamiento brinda la encrucijada de notar las diferencias, de comparar, de establecer asociaciones, de activar la memoria del tacto, el olfato, la vista, el gusto; todo adquiere significación, no hay lugar para el hastío; al contrario, se estimula la creatividad.

A Augusto Ocampos le llama la atención escuchar voces guaraníes en el español cubano. Él sabe que de América del Sur al Caribe, que de Paraguay y su capital Asunción a La Habana, Cuba (la isla que presenta la forma de un caimán) existe una enorme distancia; sabe que de un país-ciudad a otro distan miles de kilómetros. Sin embargo, los datos expuestos por el autor muestran cómo entre estos dos espacios diferenciados geográficamente se encuentran vínculos históricos y socioculturales cuyas manifestaciones están vigentes por el uso permanente que les confieren los hablantes.

En Cuba como en Paraguay se habla el español, también conocido como castellano o *la castilla*, una lengua de la familia romance del grupo latino; proviene del

latín hablado o vulgar. Es uno de los seis idiomas oficiales de la Organización de las Naciones Unidas; como el mandarín, es una de las lenguas más habladas en el mundo; su número de hablantes como primera y segunda lengua oscila entre 450 y 500 millones; por su propagación por América, es la lengua neolatina que con el rango de oficial ha logrado mayor difusión en este continente. Con estas características, no es de extrañar que sea la lengua oficial de estas dos naciones americanas; pero en Paraguay, su esencia representativa la comparte con el guaraní.

A lo largo del texto destaca el interés del autor por despejar las siguientes interrogantes: ¿Cómo logró sobrevivir el guaraní a pesar de las políticas de aniquilamiento de las lenguas indígenas y los embates del modernismo y la globalización? ¿Cómo llegaron las voces guaraníes a las Antillas y en particular a Cuba? ¿Los indígenas de estas islas y de tierra firme pertenecían a una misma comunidad de raza y lengua?

Perseverante con este mapa de navegación y con la brújula dispuesta para encontrar respuestas, el investigador paraguayo se dejó apresar por la geografía cubana, en la que pudo atrapar vocablos de origen guaraní con sus redes; tan sólo en Cuba pudo reconocer más de trescientas voces. Esa es la base sobre la cual Ocampos Caballero ha cimentado una labor de investigación que constituye un aporte interdisciplinario en el campo de las ciencias del lenguaje.

UNA ENTREGA DEL HISTORIADOR Y DIPLOMÁTICO
AL CAMPO DE LAS CIENCIAS DEL LENGUAJE

Paraguay-Cuba. La historia común de guaraníes, caribes y aruacos es un libro pequeño, de 161 páginas, con una estructura constituida por un prólogo, una introducción, ocho capítulos, comentarios finales y bibliografía. Los capítulos se titulan:

- I. Origen racial del hombre americano
- II. Origen de las lenguas indígenas americanas
- III. La gran familia guaraní
- IV. La lengua guaraní
- V. Expansión del guaraní
- VI. La lengua guaraní en el Caribe
- VII. Corriente migratoria precolombina en Cuba
- VIII. Caribes desde confines del Paraguay

En el prólogo, escrito por Nuria Gregory, directora del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, se enfatiza la génesis de esta investigación de carácter multifacético; se destaca que la presencia de vocablos pertenecientes a la lengua guaraní en la toponimia cubana fue la que motivó la búsqueda de respuestas a cuestionamientos acerca de “la presencia en algún momento, de guaraníes en el Caribe y específicamente en Cuba”, así como de suponer que “el arahuaco y el guaraní tengan un origen común”; también se elogia la trayectoria académica del autor y se le agradece su acercamiento a este problema.

En las consideraciones finales destaca Augusto Ocampos que las coincidencias léxicas y el uso de fonemas comunes que se registran entre el guaraní, las lenguas caribes y aruacas se debe a que en el pasado “estas familias tuvieron una lengua común o un intenso intercambio debido a la proximidad geográfica en el continente sudamericano”. Sin embargo, insiste en que el estudio de las lenguas guaraníes y sus realizaciones en la toponimia de la región caribeña no finaliza en el encuentro de la raíz o en la explicación de la expansión geográfica de las analogías lingüísticas, sino que trasciende al intento de marcar pautas de revalidación y respeto a ese mundo indoamericano.

La bibliografía es extensa, en consecuencia, por la referencia constante que proporciona de sus fuentes, el documento constituye un material fundamentado, producto de una pesquisa que recupera voces indígenas de la isla de Martí, que proporciona evidencia de nexos culturales situados más allá de las fronteras geográficas y que en este estudio une a Paraguay y a Cuba.

En relación con Cuba, Ocampos Caballero se apoya con frecuencia en la obra *Las raíces de la lingüística indígena en Cuba* (1953), del investigador y ensayista oriundo de esta tierra, Julián Vivanco, para quien los indios caribes proceden del Paraguay y del norte de Brasil. Este autor señala como el inicio de su ruta “los confines del Paraguay”, posteriormente los indios caribes se extendieron hacia las Guayanas y a continuación a las Antillas, siempre por el Mar Caribe. Vivanco también se refirió al paso de los indios cari-waranis, quienes procedían del triángulo del Río Paraná.

Hacia 1524, Paraguay estaba habitada por los indios guaraníes. A finales de ese siglo, los jesuitas habían trabajado en el establecimiento de un gran número de misiones llamadas reducciones, que estaban ocupadas por indios convertidos por los misioneros y que constituían pequeñas comunidades independientes en lo económico y lo político. Estas reducciones resguardaron la identidad de los indígenas en el aspecto cultural, de ahí que los guaraníes hayan llegado a ser en esa época el poder más importante de la Colonia.

La lectura del libro de Ocampos Caballero me llevó a pensar en la relevancia que en Paraguay adquiere la población indígena y su lengua, que se ha revitalizado a través del tiempo, a diferencia del proceso de desaparición que se suscitó en Cuba; ahí ya no hay población indígena, fue exterminada por las condiciones inhumanas a las que se le sometió y, en consecuencia, de las leguas correspondientes únicamente quedan vestigios.

También, por una asociación con la dimensión de lo simbólico, acudió a mi mente el recuerdo de las banderas de estos dos países; la bandera paraguaya y la cubana son tricolores, pero además coinciden en los mismos: rojo, blanco y azul. El emblema patrio de Paraguay también tiene un escudo; en la distribución de sus franjas se establece que el rojo significa la justicia, el blanco la paz, y el azul la libertad. En el lábaro de la estrella solitaria de cinco puntas, los colores rojo, azul y blanco, tomados de las enseñas de las revoluciones francesa y norteamericana e incorporados a las luchas de independencia de Cuba, representan las ideas de “libertad”, “igualdad” y “fraternidad”. Su triángulo equilátero rojo reproduce la unidad de los cubanos, lograda por la sangre derramada en sus luchas libertarias; la estrella situada en el centro de éste indica el carácter independiente y soberano cubano; las franjas azules representan los tres departamentos en que estaba dividida la isla, Occidente, Centro y Oriente y a su vez, son un indicador de las aspiraciones de libertad; en el caso de las blancas, se

reproduce el ideal de la pureza y la virtud del pueblo. En efecto no son idénticas pero, al igual que varios de los símbolos patrios de América Latina, presentan similitudes.

ENVIADO DE LA TIERRA “ENTRE RÍOS” AL DULCE SUELO DEL TABACO

Paraguay, la tierra natal de Ocampos Caballero, está ubicado en el corazón de América del Sur. Limita con Argentina al sur, sudeste y sudoeste, con Brasil al este y con Bolivia al noroeste. Es un país mediterráneo, es decir, no posee costas marítimas, pero riegan sus costas dos ríos, el Paraguay y el Paraná, que desembocan en el Río de la Plata y que son utilizados como vías de salida al mar; el primero de éstos también divide al país en dos regiones, la Oriental y la Occidental o Chaco.

Ocampos Caballero es diplomático de carrera y autor de otros libros: *Testimonio de un presidente*, *Emancipación y diplomacia*, *Peñón la Cañonera* y *el derecho de asilo*, *La conquista científica de Azara en el Paraguay* y *Paraguay bilingüe*. En diciembre de 2007, fecha en la que me mandó en calidad de obsequio su libro, ocupaba en la Embajada de Paraguay en Cuba el puesto de Encargado de Negocios.

Este autor nació en ese país de seis millones de habitantes; rico en recursos naturales, pero con un amplio porcentaje de su población en condiciones de marginalidad. En 1946 este territorio tuvo durante un semestre una primavera democrática que desembocó en una guerra civil en 1947, año desde el que se encuentra en el poder el mismo partido, el cual serviría de plataforma a Alfredo Stroessner para que en 1954, mediante un golpe militar, se instalara en la casa presidencial y se mantuviera ahí durante 35 años. En este tiempo instauró el estado de sitio y leyes liberticidas; sus consecuencias se reflejaron en la organización y participación de la sociedad civil, en el desarrollo de la ciencia y las artes.

A partir de 1989 este pueblo inicia la conquista de un espacio para la libertad de expresión; un proceso de transición hacia la democracia que desemboca en la conformación de un Frente Unido que propone una concentración que no sea prioritariamente electoral, que no tienda a la distribución de los cargos de mayor remuneración entre los dirigentes, sino un acuerdo a partir de la formación imaginaria del país que se quiere construir. En abril de 2008 fue electo presidente un obispo retirado, hecho inédito en la historia de este país.

Estos son algunos de los rasgos generales del autor que nos brinda la oportunidad de conocer la importancia del guaraní en su terruño: un conjunto de nombres geográficos, de la flora, la fauna y de toponímicos de origen arauco, caribe y guaraní que evidencian los posibles nexos entre estas realizaciones lingüísticas y las que se usan actualmente en Cuba.

JUGAR CON LAS PALABRAS REINVENTÁNDOLAS, RECONSTRUYÉNDOLAS

El trabajo de Augusto Ocampos es un reconocimiento a las lenguas amerindias en general y a las guaranícas en particular; un acercamiento a idiomas vernáculos de la geografía latinoamericana, expresiones de la diversidad lingüística y sociocultural.

Cuando se suscitó el descubrimiento del territorio conocido hoy como continente americano, en una amplia región de Sudamérica las lenguas tupí-guaraníes fueron las que usaron los conquistadores, misioneros y colonos para establecer contacto con los indios de esas tierras. Se trata de uno de los grupos lingüísticos amerindios más difundidos, que se dividió en dos grandes ramas: la tupí, hablada en Brasil oriental, y la guaraní, en Paraguay y Argentina.

En guaraní, el vocablo *arandú* significa “sabiduría” y su etimología remite a una percepción de los signos de los tiempos. Es la lengua que usa el 95% de la población nacional paraguaya, y a pesar de los embates de la conquista, de los procesos de castellanización e integración, no sólo ha sobrevivido, sino que se ha revitalizado y ha adquirido en Paraguay el rango de lengua oficial, incluso actualmente es la única lengua vernácula de la región que tiene reconocimiento en el Mercosur.

Para cumplir su objetivo como investigador, mientras realizaba su trabajo como diplomático en el mencionado país caribeño, el autor revisa diferentes posiciones en torno a sus preocupaciones lingüísticas (Bertoni 1920, Peralta 1936, Hoff 1968, Orbigny 1839, Gay 1863, Ulrico 1904) y se centra en demostrar las relaciones pre- y post-colombinas entre estas lenguas. Por ejemplo, del autor del libro *El hombre americano* retoma que el vocablo *caribe* /*carai-bel*/ “no es más que una corrupción del guaraní” que significa *guerra, guerrero*. De Gay desprende que los llamados *carai-bes* o *calybes* habitaban la Guayana y por sus invasiones marítimas habían arribado hasta las Antillas. De Ulrico, la afirmación de que el parentesco “entre los caribes y los guaraníes es un hecho cierto”, que los primeros eran quienes formaban el ejército y los navegantes eran los segundos.

Al rastrear fuentes bibliográficas y viajar por Cuba, Ocampos constata la presencia de topónimos de su interés, a los cuales se les asignan diversos significados, por ejemplo: en La Habana, *Güira de Melena*: “cardo o pájaro, rocas altas, árbol, ave, adorno”; en Matanzas, *Jagüey grande*: “pozo, aguada, lana, árbol, ave de rapiña”; en Villa Clara, *Juraguá*: “árbol, mariposa negra”; en Provincias Orientales, *Cabacú*: “avispa brava, avispón” en Pinar del Río, *Yaya*: “llaga, dolor”; en Camagüey, *Hatuey*: “arroyo manso”.

En la región amazónica existen tres grandes familias de lenguas que destacan: caribe, arawak y guaraní; de éstas, apunta Ocampos Caballero, en las islas de las Antillas el problema lingüístico se reduce a la procedencia sudamericana de dos: la caribe, representada entre otras lenguas por el macorixe o el ciguayo, y la arawak, a la que pertenecen el siboney, el taíno, el lacaya, el allouage, etc.

El autor muestra cómo el tupí, vocablo no exento de polémica en relación con el de guaraní, se convirtió en el medio de comunicación entre los indios y los europeos en toda la región amazónica tras la conquista. Con el tiempo éste ha sido reemplazado progresivamente por el portugués, es decir, se relaciona más con la geografía brasileña. Actualmente, el nombre que adopta en Paraguay es el de guaraní o ñe’engatu y en esta región ha mantenido su importancia a través del uso, las representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas; junto con los instrumentos, objetos y espacios culturales que le son inherentes y que las comunidades, los grupos y los sujetos reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural.

Para este investigador, la historia de la lengua americana precolombina guaraní, que forma parte del grupo amazónide, es una clara muestra de cómo la oralidad es vehículo de sistemas de valores y de expresiones culturales, pues, además de constituir un factor determinante de la identidad de grupos y sujetos, es un patrón de producción textual que coadyuva a la preservación de la lengua mediante su transmisión, fundamentalmente en el primer momento del mestizaje, en el periodo de la conquista, por parte de las mujeres-madres guaraníes.

A lo largo de sus páginas Augusto Ocampos despliega y mantiene su interés por asentar que, como participantes de una cultura, debemos asumir el peligro de la desaparición de las lenguas, pero también la necesidad de salvaguardarlas y hacerlas partícipes de la diversidad lingüística y cultural.

LAS PALABRAS SON COMO MÁSCARAS: DICEN MÁS DE LO QUE APARENTAN

De la lectura del trabajo de Ocampos Caballero destaco los siguientes aspectos: el guaraní, lengua general, nacional y oficial; Paraguay bilingüe y elementos de la política lingüística.

Los guaraníes, pueblo autóctono de la zona sur del continente, a la llegada de los españoles al “Nuevo Mundo” ya habían recorrido éste en diversas direcciones. Sus *caraiwes o payés*, “con acento de profeta”, les hablaban “de la existencia de paraísos de dicha situados al otro lado de las montañas lejanas o más allá del mar ignoto”. Su lengua nativa pertenece a la familia tupí-guaraní; es hablada por unos cuatro millones de personas y unos dos de ellos la tienen como lengua materna. A pesar de los siglos que distan desde la conquista española hasta la primera década del siglo XXI, el guaraní no muere, sino que se mantiene; en 1992 cambió su estatus de subordinada al ser reconocida por la Constitución paraguaya como lengua oficial junto con el español, es decir, fue instituida como de uso corriente en documentos oficiales u otros instrumentos legales en todo el territorio o áreas administrativas directas de ese país. Su uso se manifiesta en los actos del gobierno o en los servicios de la administración pública, en la justicia y el sector privado.

El concepto de idioma oficial está ligado con la definición de Estado-nación, incluso un Estado puede definirse en términos lingüísticos frente a otras comunidades. En la última mitad del siglo XIX, esta concepción dio origen a dos fenómenos relacionados con el nacionalismo, uno de ellos fue la desintegración de la potencia europea Austrohúngara, un Estado multilingüístico en el que cada nación que lo integraba creía necesaria la constitución de estados nacionales con base en dicha distinción comunitaria; el otro fue el de las integraciones como proceso de unificación de los hablantes de una misma lengua que se encontraban dispersos en una multiplicidad de Estados; por ejemplo, en Italia la escuela pública agrupó un conjunto de dialectos regionales en aras de hallar la estandarización y esto dio margen a la creación del nominativo de Estado nacional.

Con el reconocimiento del español y del guaraní como lenguas oficiales, Paraguay se define en 1992 como “nación bilingüe”, en la que ya existe una “mezcla, forma híbrida de ambas lenguas”, a la cual se denomina “jopara”. En cuanto al guaraní, Augusto

Ocampos persiste: “aunque hay que reconocer que en un tiempo fue despreciada por ciertas capas sociales impregnadas de racismo, pese a ello nunca se pudo arrancar del alma del pueblo paraguayo su entrañable lengua nativa”. Cabe enfatizar que en América no existe otra lengua vernácula que comparta con el español la posición de oficial, general y nacional, en consecuencia, es un nuevo capítulo en la historia de la lingüística y su relación con otros campos disciplinarios que merece estudiarse a profundidad.

Actualmente en la tierra de los ríos es común escuchar que no conseguirán seguidores ni convencerán con sus prédicas los políticos o los religiosos que no hablen en guaraní; de *guara* “raza, pueblo nación” y de *nandí* “libre y sin ataduras”, o de *guarini* “guerra” y por extensión “guerrero”; o bien de *guara* “arma defensiva” y *ni* “encogerse”. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* recoge el significado de *guaraní* como “hombre de guerra”. Este hecho muestra que la designación de un idioma oficial puede ser tan fuerte como para obligar a quienes no lo hablan, al interior de un Estado, a perder sus derechos e, incluso, como pasa en algunas regiones latinoamericanas, a no ser considerados como ciudadanos si no aprenden la o las lenguas correspondientes.

Dos casos que retoma Ocampos Caballero se relacionan con la educación formal: la enseñanza del guaraní en la escuela como lengua de instrucción y la enseñanza de la literatura guaraní.

En el primer caso, se parte del precepto de que el niño cuando llega a la escuela ya cuenta con elementos de socialización en esa lengua y mediante ella va a iniciar su educación formal; en primera instancia, su asistencia a este espacio no responde a la intención de adquirir una segunda lengua. El autor reconoce que se enfrentan situaciones difíciles como la actitud de los padres ante la lengua, la falta de materiales didácticos y de formación de los profesores.

En el segundo, es innegable la existencia de literatura, narrativa y poesía en guaraní. Esto se explica por la necesidad de expresión que los sujetos tienen. Sin embargo, en el texto se destaca la polémica de que la coexistencia de dos lenguas, que en cuanto a número de hablantes y uso corren paralelas, “en opinión de Roa Bastos, lejos de resultar enriquecedora desde el punto de vista literario, ha degenerado en un proceso de corrupción dialectal con la creciente guaranización del español y viceversa”. Por otro lado, “Roque Vallejos se pregunta si acaso esa sea la forma salvadora de la conciliación definitiva entre ambos medios expresivos [...]”. Estas manifestaciones relacionadas con la bipolaridad lingüística expresan un problema recurrente en América Latina: la ausencia de traductores al español y viceversa, así como la necesidad de formar generaciones de profesionales en este campo de estudio de las lenguas indígenas.

La lectura de este texto lleva al lector a pensar en el significado de política lingüística, es decir, la actividad consciente que realiza un Estado o un grupo social en relación con el uso de las lenguas en un determinado territorio. En otras palabras, éste es el mecanismo mediante el cual se regula la actuación de los sujetos vinculados con el desarrollo y uso de la lengua en una sociedad. Esta práctica social reguladora de procesos lingüísticos emparentados con el monolingüismo, el bilingüismo e incluso con el multilingüismo, junto con otras prácticas sociales como la política educativa, científica, cultural, etcétera, constituyen el Plan de Desarrollo Nacional.

Estas prácticas tienen formas de hacerse operativas en la vida cotidiana de un país. Por ejemplo, en el caso de la planificación lingüística, una dimensión se refiere a la adopción de una lengua como oficial, general y nacional para la educación y los otros usos oficiales; otra dimensión es la forma en la que la lengua oficial ha de relacionarse con las otras lenguas con las que coexiste, y otra más es la que se refiere a la modernización y adaptación léxica de la oralidad, la estandarización de la norma, la creación de vocabularios especializados, etc. La consideración de estos componentes y otros más ha de ser el marco que propicie el cambio de estatus de las lenguas indígenas; el que propicie un cambio en el ámbito del fenómeno de identidad sociocultural, pues ha de ser asumido por todos los elementos que configuran la sociedad.

DE RAZA INQUIETA Y AVENTURERA

En síntesis, este libro aborda un tema complejo y, no obstante, apasionante; muestra cómo el estudio lingüístico atrapa en sus redes y no suelta a quien se acerca a él; también señala cómo un solo campo disciplinario no puede dar respuesta a las interrogantes que actualmente se plantean los investigadores de las ciencias humanas y sociales y, por último, evidencia que en el continente americano aún existen incógnitas que la ciencia en general no puede explicarse. En consecuencia, abre nuevas perspectivas de estudio en el conocimiento del desarrollo humano.

Es por esto que uno de los ámbitos en que se manifiesta esta forma de estar en el mundo es a través del idioma, patrimonio cultural, vehículo de la herencia inmaterial en las tradiciones y palabras orales, por ejemplo, la transmisión de conocimientos y la expresión literaria. Éste, al transmitirse de generación en generación, se ha recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia; así, ha infundido un sentimiento de identidad sociocultural y ha contribuido a promover el respeto por la diversidad y la creatividad humana.

El guaraní está vivo; se recrea constantemente y su transmisión se realiza principalmente por vía oral. A pesar de que muchos elementos están amenazados debido a los efectos de la globalización, a la falta de interés de las nuevas generaciones y a las políticas uniformadoras que conducen al deterioro de las funciones discursivas relacionadas con el uso de las lenguas indígenas.

El investigador Augusto Ocampos Caballero, mediante una indagación profunda, prevé que en el caso de la lengua guaraní han de crearse capacidades locales para salvaguardarla; han de promoverse políticas lingüísticas adecuadas para su revitalización, y ha de movilizarse la cooperación internacional para su sostenimiento. Pero también, por la vía del ejemplo, muestra que el español y las otras lenguas coexisten en diferentes regiones de América Latina, en cada metro cuadrado y en todos los niveles de la sociedad, en los que hay que neutralizar el rechazo a lo que es real y propio.

Dalia Ruiz Ávila

Universidad Pedagógica Nacional